



Carabanchel

EL MIEDO DE LOS TORTURADOS

PREVIA autorización del Juzgado número 7 —que entiende del caso— y de la Inspección General de Instituciones Penitenciarias, TRIUNFO pudo entrar en el Hospital Penitenciario de Carabanchel y entrevistar a los internados como consecuencia de las torturas recibidas por un grupo de reclusos pertenecientes a la Coordinadora de Presos Españoles en Lucha (véase el número anterior).

Son seis los torturados. Uno de ellos ni tan siquiera se dejó ver. Tres dijeron que no querían saber nada, pero, después, en conversación informal, allá en su celda, fueron contando las cosas como si no se dieran cuenta. Los otros dos entraron en una especie de despacho sobrio y carcelario. Uno no se sentó y apenas dijo cuatro palabras. Aprovechando que tenía que recibir no sé qué dinero, se marchó y ya no volvió. Estaba de acuerdo con todo lo que decía su compañero de charla calmosa y un poco enrevesada. Siempre presente el director del hospital.

"Yo no sé nada. A mí, a la salida del cine, me echaron también una manta encima y me metieron en una celda y empezaron a pegarme. Yo no entendía nada y dije todas las mentiras que se me ocurrieron, nunca dije tantas mentiras". Salían los reclusos del cine, casi siempre tan malas las películas, y, de pronto, una manta que los tapa, un empujón y una celda. Allí estaban esperando los nuevos torturadores. "Era difícil saber cuántos eran, porque

era mucha gente en un cuarto". Para algunos era la segunda sesión de interrogatorio. Los funcionarios no se dieron cuenta de nada. "Estaban metidos en su oficina. De allí no salen, no sé, no se dan cuenta de nada". Los golpes llegaron antes que las preguntas. Incluso hubo a quien ni tan siquiera interrogaron. Eran suficientes los malos tratos, las corrientes eléctricas, el hierro candente entre las uñas. "A nosotros no nos preguntaron nada,

y, ¿cómo voy a saber yo lo que querían si te tapan con una manta y no ves nada, y te están venga dar hostias?".

Chivatos

Según la COPEL, las víctimas eran chivatos. Ellos lo niegan. "Dicen éste es chivato porque se le ve hablar con un funcionario o con el director, pongamos por caso. Pero, ¿por eso son chiva-

tos? Entonces, los más chivatos son ellos, que están todo el día con el director y con los funcionarios, haciendo circulares, pidiendo cosas. Confidentes hay en todos los sitios, en la prisión y en todos los sitios. Lo que pasa que muchas veces se dice: oye, que ése es chivato. Y así, ¿me entiende? Porque le ha quitado igual el dinero que tenía encima, y entonces: Es que se lo he quitado porque era chivato".

Ellos no eran chivatos, aunque si los hay en las cárceles. "Chivatos si los hay, siempre los ha habido, es una cosa de toda la vida. Porque no todas las personas son iguales. Unas personas, pues, son chivatos, pero es que confunden aquí las versiones de chivato. Que no es lo mismo una persona que le quitan cualquier cosa, le hacen cualquier cosa y va y lo cuenta al funcionario para que le devuelvan lo suyo. Pero es que ahí ya lo califican de chivato también, o sea, que chivato es la persona que va al funcionario a decirle cualquier cosa, e inclusive cuando va en contra de su salud física, pues va a protegerse porque está débil. Va a protegerse y pide protección. Pues ése ya es chivato".

Las sesiones duraron cada una entre dos y tres horas, de las cinco hasta la cena. Lo que más hubo fueron golpes, patadas. A dos les pusieron corrientes eléctricas, todavía quedaban en las rodillas las marcas como puntitos ennegrecidos. Para uno no eran suficientes 220 de potencia. "También me metieron entre las uñas hierros... me imagino que serían, porque yo veía, no veía nada. Y en la rodilla me dieron corrientes, que, mire usted, éstas deben ser las marcas, aunque yo, ya le digo, que no sé, porque no veía nada". No veían porque estaban cubiertos con una manta; otros, con capucha y esparadrapo en los ojos.

Eran varios los interrogadores y eran varios los métodos. "Había de todas las clases, había interrogatorios suaves, había otros clase culla, otros realizados en plan brutal".

En tres horas se había mucho, aunque se esté torturando. Y si hay varios verdugos surgen las discusiones. "Si, discutían. Pero siempre se imponía el que quería seguir. A lo mejor había alguno que decía: para, déjale un momento que descanse, para que recuerde. Y había algún otro que decía que no, y seguían, o sea, que los golpes eran continuos". Lo que buscaban eran nombres, porque si uno no es chivato, tiene que saber quién lo es. "Unos decían, pues, que yo era un inte-

ligente, que yo quería cubrir a alguien; otros decían que no me gustaba perjudicar a alguien sin saber nada".

Crueldad

Según el director del Hospital Penitenciario, las torturas eran crueles y refinadas. Simplemente los han podido matar, porque han estado aplicando corrientes que pueden matar si no se conocen bien. Lo de quemar con el cigarrillo no es que lo mates, es cruel".

El pronóstico fue reservado. "Hay que tener en cuenta que algunos tienen quemaduras que tardarán en curarse más de quince días". Casi todos tenían marcas en los ojos, manchas de rojo claro. Y un dolor general que entumece el cuerpo entero y te obliga a estar tumbado en la sucia cama rodeada de colillas y papeles.

Son carne de presidio. "Yo soy delincuente, y este es mi sino, como si diríamos, y tengo que vivir con la delincuencia. He recorrido todas las cárceles de España". Son carne de presidio y de comisaría.

—¿A usted le ha pegado alguna vez la Policía?

—Sí.

—¿Qué ha sido más fuerte, lo de la Policía o los interrogatorios de los presos?

—Si digo la verdad, la de aquí.

—¿Era la de aquí una auténtica tortura?

—Sí.

—¿Cuánto tiempo le pusieron, por ejemplo, corrientes? ¿Fue sólo un momento o un rato largo?

—Había ratos que era un momento, había ratos que duraba un poco más. Cuando ya veían que no podía aguantar más, lo soltaban. A lo último oí que decían "tener cuidado, que éste se muere". Entonces, al oír esto, ya te animas un poco; entonces es cuando ya vas aguantando el pelo. Las torturas que yo he recibido aquí, pues, la verdad, la verdad es que últimamente ya no las sentía... eran tan fuertes. Perdí tres veces el conocimiento.

—¿Cómo lo reenimaban?

—Pegándome en la cara y dándome un vaso de agua.

Cuando hablaban de la COPEL, ninguno decía el nombre. Simplemente ellos. Pero dan por hecho que ha sido la organización la autora de las torturas. En algún caso así lo comunicaron a la víctima, informaron que la COPEL era el nuevo verdugo carcelario, quien imponía su ley allí donde puede. Su ley y su fuerza. Sus torturas.

Cintas

Varios de ellos ni saben si fueron grabados los interrogatorios. "Yo no sé si, como usted dice, tienen cintas grabadas, porque no pude ver nada". Otros sí lo vieron. "Yo me di cuenta, porque una de las veces tuvieron que levantarme el esparadrapo, y entonces vi una grabadora pequeña. Me di cuenta que había una grabadora delante mío. Entonces, inmediatamente, me taparon. Sin dar tiempo a que yo viese nada".

Ninguno cree que sirvan para nada las cintas. "Es muy posible que tengan pruebas, pero pruebas que son todas de coacción. Es lo mismo que si yo, ahora mismo, cojo una grabadora y empiezo a darle a usted golpes, a hacerle de todo, pero esto y digo: ¿sabes lo esto?, pues dime esto otro... Claro... Tienes que decirlo, y si no, te mato. Entonces, ¿qué va a decir? O sea, que las pruebas de la grabadora todo lo que puedan tener por mi parte, por parte del otro, del otro, del otro, no sirven para nada. Son totalmente inservibles. No sirven, porque son hechas a coacción, después de darle golpes. Porque yo, cuando vi la grabadora, yo estaba casi medio muerto. Y, es más, me habían amenazado con escribir en el Juzgado mío una carta que me suicidaba y tal y tal, o sea, que...".

Contaron cosas por contar, porque si no decían algo seguirían con las corrientes, con los golpes, seguirían apagando los pitillos en las axilas, sobre los pezones. "Yo lo que digo es que las pruebas de la grabadora no valen para nada. No valen para nada porque están hechas, precisamente, con amenazas, bajo torturas, y entonces no sirve lo que se haya grabado. Y, es más: se puede comprobar que no es nada verdad de lo que pueda haber grabado. Por lo menos, por la parte de los que conozco yo, en mi caso y otro más. Los otros, no lo sé; otras personas, no sé".

Entre los cinco no existía ninguna relación especial, si acaso la morbosa sospecha que entre el viejo y el jovencito haya algo más, siempre diciendo "el chaval y yo", siempre el muchacho asustado y silencioso, sin distanciarse de él, mirada barbilampiña y rubia. Que hasta el funcionario ha de reír, ya fuera del cuarto grisáceo, al comentario. "Nos conocíamos porque en la galería nos conocemos todos, más o menos, porque estamos todos juntos, porque aquí llevamos bastante tiempo. Y a lo largo de este tiempo siempre se conoce no sólo a los compañeros, sino también a los mismos funcionarios. Por eso mismo piensan que tú tienes que

saber... Pero es que cada uno va a su vida. Yo, por ejemplo, me limito a mi trabajo y a salir cuanto antes en libertad".

Pero antes de la libertad queda el resto de condena. Y en ello ven el problema. Porque están asustados. Uno, sin embargo, no tiene miedo, tan seguro está de su inocencia. "Yo no tengo miedo a nada ni a nadie. Como se suele decir, que si no la has hecho no tienes por qué temerla". Les han amenazado si hablan. Ni al juez debe decirle nada, si no quieren que les pase algo. Y es serio que amenacen, porque tienen fuerza. "Esto es como, si dijéramos, una mafia. Tienen controles en todo, no solamente aquí en Carabanchel, en todas las prisiones de España".

No creen que COPEL tenga el apoyo de los demás reclusos. "Por lo que he visto yo ahora, criticaban mucho cuando se enteraron de lo nuestro por ejemplo, criticaban, pero demasiado, diciendo que no había derecho a hacer esas cosas". Dicen que a los compañeros no les parecía bien que hicieran torturas para averiguar quién es el chivato.

Miedo

Pero, aunque no lo reconocían, todos tienen miedo. No querían la entrevista por eso. Sólo que empezaron a hablar y, sin apenas darse cuenta, iban contando lo que pensaban, lo que suponían. ¿Y qué va a ser de ellos cuando tengan que salir del hospital? Miran angustiados al director y saben que el tiempo pasa y la prisión les espera. "Unos informan a otros, y a otros, y a otros, y así en todas las prisiones. Un suponer que somos trasladados mañana, un suponer, a Alcalá o a Burgos; voy a poner más lejos todavía, voy a poner a Canarias, ¿eh?, que es una isla. Pues hasta allí ya sabrán lo que... es decir... Pero, ¿qué pasa? Que lo tergiversan, no lo ponen lo que ha pasado aquí, sino de forma que los compañeros que tengamos allí nos puedan coger a nosotros de tal forma como si fuéramos la pesca, ¿entiende? Entonces, una de dos: o nos rehúyen o se reciben órdenes de darnos, y nos dan. Por eso digo que no hay seguridad hoy día en las prisiones".

—¿Cree que, a pesar de lo que ha pasado, dentro de un tiempo podrían volver a hacer lo mismo?

—Exactamente.

—Y eso, ¿por qué lo pueden hacer?

—Porque se puede decir que llevan ellos el control de la prisión. Porque es que los mismos funcionarios están atemorizados, o sea, no se atreven a amonestarles a ellos.

—¿Tanta fuerza tienen?

—Tienen mucha gente y no solamente gente, tienen también medios, traen terror, y el miedo, ¿eh?, hace mucho. Hay funcionarios que, por ejemplo, tienen que llamar a alguna persona para cualquier cosa y no se atreven.

Les ha dicho un funcionario —con su gorra de plato y su uniforme verde— que es bueno que hablen. Les ha dicho que es como testimonio. Y todos menos uno están vacilantes y hablan como si fueran tan buenos, el director me conoce desde hace muchos años. "Ahora es un problema muy grave lo que va a pasar con nosotros". A los compañeros del hospital se lo han explicado y han comprendido. Porque sólo son unos treinta. "Entre pocas personas se habla mejor, se dialoga, se llega a un punto que hay una razón convincente. Y ellos han admitido lo que declamos". Pero es fácil hacer que te lleven al hospital. "Y eso es de lo que tengo miedo. Son capaces de lesionarse o cualquier cosa para venir al hospital, para venir hacia nosotros los mismos que hicieron las torturas, los mismos torturadores".

¿Por qué ha llegado la COPEL a la tortura? Una de sus víctimas, acusado de ser chivato, su delgado y desmirriado cuerpo crecido en miedo, lo ve muy claro: "Aquí ocurre una cosa. Esta organización lo que ha tenido, de fallo vamos a llamarle, es admitir en su organización personas de cualquier clase, yo quiero ser de la organización, yo también. Y, claro, creen que con pegar una pegatina en el pecho ya vale. Pero ¿qué pasa? Que dentro de esa organización hay los que son verdaderamente mafiosos, gente que llevan una ruina encima y no les importa y se escudan en las siglas para abusar, ¿entiende? Y ahí está. Yo quiero ahora fumar, un canuto, no tengo dinero, ¡ahl, oye tú, saca todo lo que tengas, dame todo el dinero. Y por un canuto son capaces casi hasta de matar. Por eso digo que se escudan en las siglas. Usted sabe que todo partido, vamos a llamarle partido porque la COPEL es un partido también, tiene gente y hay unos que tienen ideas muy buenas para el bienestar común, pero otros van al bolsillo suyo, van a su beneficio. Con la excusa de querer hacer el bienestar para los demás, se escudan en el partido para hacer el suyo propio que es lo que pasa aquí. Por eso digo que, aquí, lo que tenían que haber hecho, si querían de verdad hacer una organización que vaya para el bienestar de los internos, lo que tenían que haber hecho era organizar su propia organización, ¿entiende?". ■ GONZALO GOICOECHEA.